

Nicoletto, el último payaso

Nicoletto miraba el nuevo día y veía ante sí una nueva oportunidad de ser feliz. Hacía mucho que había decidido hacerlo así, prohibiéndose a sí mismo percibir las cosas tristes de la vida. Su lado más oscuro y sórdido había desaparecido para siempre del espectro de visión de sus ojos. Había hecho suya la misión de llevar la alegría allá donde fuera, porque la vida era un espectáculo maravilloso que no podía contemplarse a través de las lágrimas ni el dolor.

Como él decía, un entrecejo fruncido podía oscurecer una tarde más que la más oscura de las tormentas.

Desde luego, su propia imagen era todo un espectáculo, y todo el que lo miraba tenía que por lo menos sonreír. Exhibía una enorme y perenne sonrisa que le cogía media cara a pesar de cargar con una prominente barriga, lucir una calva reluciente rematada por una informe mata de rizos indomables, tener pies kilométricos y soportar una nariz que era como un castigo divino.

Sin embargo y aparentemente, Nicoletto era feliz.

Esa mañana, como todas desde hacía ya diez años, Nicoletto había llevado a cabo su ritual de la felicidad: maquillaje, ropa y peluca en perfecto estado de revista. Luego, antes de salir de su carromato y tras haber mantenido una breve y mecánica conversación consigo mismo ante el espejo, había abierto la puerta y había mirado al día con sus ojos ciegos para el dolor.

Lo que vio le hizo sentir bien.

En primer plano las carretas, colocadas en semicírculo, protegiendo todavía los restos cenicientos de una gran hoguera que se había ido apagando poco a poco durante la noche.

Un poco más allá, las jaulas y carrromatos de los animales.

Y más allá, la imponente figura, recortada contra el cielo del amanecer, de la gran carpa listada del Circo Mundial.

Al mirarla lanzó un suspiro blanco y condensado, rompiendo el gélido aire matinal. Allí estaba, como siempre, su carpa del circo. La lona roja y blanca que consideraba su hogar, el lugar seguro donde se sentía protegido y del que nunca se iría.

Tomaba satisfecho una profunda calada de aire cuando una voz pretendidamente olvidada surgió del fondo más oscuro de la caravana, cogiendo a Nicoletto totalmente desprevenido.

- ¿Recuerdas esto, *Nicoletto*? Así de fría estaba la mañana el día que nos fuimos, jijiji... - la voz, casi un susurro, sonaba traviesa y amenazadora.

Nicoletto quería ignorarla, pero sabía que si lo hacía comenzaría a chillar y, bueno, no había pasado nunca, pero... No, no podía ser. Alguien podía darse cuenta, llegar a escuchar algo...

-Mmmm... - prosiguió la voz, en el mismo tono susurrante- hacía mucho tiempo que no vivíamos una mañana así. ¡Cómo lo he echado de menos! A pesar de los recuerdos... ¿Tú no, *Nicoletto*?

Odiaba la forma en que la voz pronunciaba su nombre, con retintín y desdén.

Siempre que la voz le hablaba había un regusto de tristeza y melancolía en ella, como un resentimiento. Nicoletto lo lamentaba, pero no podía dejarla salir. Las cosas eran así, y así seguirían siendo.

Nicoletto no contestó, tan solo se limitó a hacer sonar su bocina, apretarse la nariz y echarse a caminar mientras se palmeaba alegremente la barriga.

Pero aquella mañana la voz no se quedó en la carreta, tras la puerta. Aquella mañana, la voz se fue con Nicoletto y este podía oírla todo el tiempo.

- Pero, ¡qué incomodidad de zapatos, por Dios, *Nicoletto*! - le decía, por ejemplo- Hasta ahora no me había dado cuenta... Desde luego qué pintas... Claro, como no me dejas que te diga nada...

Y Nicoletto se pisaba su propia punta del gran zapatón y caía de bruces estrepitosamente, para luego ver cientos de diminutos pajaritos piando y volando en círculos sobre su cabeza.

- ¡Qué ridículo, *Nicoletto!* - no podía deshacerse de la voz- Cuándo aprenderás a poner un pie delante del otro...

Pero alrededor de Nicoletto nadie escuchaba nada y los miembros de la compañía coreaban con risas las gracias y piruetas del payaso.

Nicoletto era muy respetado por todos los miembros del circo. Era el único que siempre estaba en su papel. Desde el primer paso que daba fuera de su carreta hasta la última caída de la noche, Nicoletto era Nicoletto y no faltó quien llegó a pensar que era en realidad el último descendiente de alguna extinta raza de payasos que poseían de forma natural semejantes pies, pelos y narices, oportunidad para los comentarios desafortunados y torpeza física sin igual.

Por eso, en el Circo Mundial Nicoletto era conocido y presentado al gran público como *Nicoletto, el último payaso*.

La actuación de esa noche fue desastrosa.

Durante todo el día la voz había estado acosando a Nicoletto, pero hacia la media tarde y hasta poco antes del crepúsculo había permanecido repentinamente silenciosa dando un respiro al payaso, que ese día se había tocado la nariz, nerviosamente, más de lo acostumbrado.

Luego había llegado la noche. Se encendieron los focos de la carpa, se esparció el confeti por las gradas y se soltaron los trapecios sobre la invisible red. La arena estaba limpia, peinada de rastrillo, y la oscuridad de las esquinas daba asilo a los desapercibidos artistas.

Así las cosas, todo preparado, llegó el turno a la actuación de Nicoletto y un magnífico redoble acompañó la tronante voz del director del circo cuando, con su megáfono cónico mimosamente acercado al ras de sus labios, anunció:

- ¡Y ahora, señoras y señores, niñas y niños...! ¡Con todos ustedes...! ¡¡NICOLETTO!!
¡EL ÚLTIMO PAYASO!

Y en su voz el nombre de Nicoletto parecía una palabra mágica, un conjuro indescifrable que traería la felicidad y la risa a quienquiera que la escuchase, dondequiera que estuviese. Dentro o fuera, al frío o al calor, bajo las pieles o bajo los cartones, cualquiera que oyese ese nombre, pronunciado como solo lo hacía el director del circo, se habría preparado para reír.

Sin embargo, bajo la carpa del Circo Mundial nadie rio esa noche cuando comenzó el número de Nicoletto.

Cuando el payaso puso un pie en la luz, dejó de oír. Un estremecedor grito borró cualquier otro sonido que hubiera podido producirse cerca o lejos de él. El chillido era tan desgarrador que tuvo que taparse los oídos y sacudir fuertemente la cabeza para zafarse de ese ruido horripilante. La voz se desgarraba a un volumen inaudito y se estrellaba contra las paredes de su cerebro, atravesándolo, rebotando por toda su cavidad craneal como una pelota lanzada con la mayor fuerza imaginable sin nada capaz de frenar los rebotes eternos. El payaso sentía que se le rompía la cabeza, que la voz que se la destrozaba salía por sus ojos, por sus orejas, por su nariz, como si se rebosara en una catarata imparable de sonido chirriante.

Apretó fuertemente los dientes, que comenzaron a castañearle sin control, y cerraba los ojos con fuerza para luego abrirlos desmesuradamente, sin ver nada. Ante él todo era oscuro y solo podía intuir un leve movimiento que le producía vértigo y mareos, como si se encontrara muy cerca de un abismo. Sintió que su pecho se estrechaba, oprimiéndole la respiración. Sintió que su cuerpo no podía acompañar la carrera que había emprendido su corazón, que golpeaba sus oídos como un tambor de guerra, y tuvo un último atisbo de lucidez antes de lanzarse, no sabía ya si voluntaria o involuntariamente, al oscuro abismo que se abría ante él.

Entonces todo empezó a parar lentamente, como el columpio que suavemente deja de mecerse en un parque nevado al ser abandonado por una niña, súbitamente,

quizá asustada por algo, y ya vacío sigue balanceando un tiempo por la inercia... en un vaivén cada vez más lento... hasta parar.

Se sintió envolver en un tejido cálido y mullido, como lana o algodón. Perdió la conciencia de sus huesos. Todo era blando. Todo era bueno. ¡Ah, claro, eso era! Todo era silencio. Un silencio benéfico lo envolvía y entonces, ahora sí voluntariamente, se dejó dormir.

Media troupe había salido a la arena. La grada era un grito contenido. Los niños interrogaban con la mirada las miradas atentas de sus madres.

En silencio y oscuridad fue retirado el cuerpo desvanecido del último payaso, mientras el gran foco iluminaba a los malabaristas y sus bastones de fuego, que creaban un muro de ilusión para distraer la atención del público. El director siguió presentando, el espectáculo continuó. Cuando acabaron los números de esa noche, la gente salió ordenadamente y nadie dijo nada.

El cuerpo de Nicoletto fue llevado a su carreta, adonde también se dirigió el contorsionista, conocedor de artes médicas. No tenía título, pero tampoco había fallado nunca un pronóstico ni un tratamiento para sus compañeros.

El payaso tenía el maquillaje descompuesto y la peluca despegada. Su nariz, tan roja y brillante, se había perdido por el camino. El contorsionista, que era una persona tremendamente sensible y respetuosa, despidió a los presentes y, solo cuando estuvo solo, procedió a liberar a Nicoletto de sus ropas y maquillaje para realizar la reanimación.

El payaso era inesperadamente pequeño y delgado debajo de sus ropas hinchadas y su prominente barriga de alambre. Sin su prótesis, la nariz era pequeña y respingona, redondita.

El contorsionista sentía que estaba sacando algún tipo de crisálida prematuramente de su capullo y se sintió torpe y tembloroso al desmaquillar la cara del payaso, como si estuviera descubriendo un secreto oscuro y antiguo. A su mente

vinieron las inscripciones en lenguas muertas que guardan las puertas de los templos. Sobre todo, reflexionó, las puertas de los templos malditos.

Los pómulos de Nicoletto eran altos y angulosos, muy elegantes. Su barbilla era fuerte y delicada a un tiempo. Su piel nacarada podría haber tenido pecas de haber estado expuesta al sol.

Una fuerte inspiración insufló ánimos al nervioso contorsionista, que, estando ya seguro de lo que tenía ante sí, creía no estar seguro ya de nada de lo que hasta entonces creía.

Lentamente retiró la peluca de la cabeza de Nicoletto. Como de un cántaro, una espesa melena rojiza se derramó e inundó la almohada y parte de la cara, la cara de una muchacha, una mujer joven que repentinamente ocupaba el espacio que hasta ese momento correspondía al payaso del Circo Mundial.

Con sumo cuidado, el contorsionista se sentó al borde de la cama y buscó el pulso en el cuello de la joven. ¡... Sí! Ahí estaba. Débil, pero constante. Retiró los largos mechones de pelo de su cara, acariciando los espesos bucles, metiendo en ellos sus dedos y masajeando suavemente el cuero cabelludo de la mujer. La tapó hasta el cuello y frotó todo su cuerpo hasta ver que el color volvía poco a poco a sus mejillas.

Las hojas de eucalipto hervían sobre el fogón, soltando su vapor curativo, cuando inesperadamente la mujer abrió unos negros y profundos ojos.

- ¿Qué ha pasado? - La cabeza le dolía terriblemente y sentía calor bajo las mantas.

El contorsionista se sobresaltó al oír la voz. Se giró y la miró con una expresión extraña, aunque amistosa.

- Bienvenida - dijo.

¿Cómo?! Con aspaviento, Nicoletto se miró las manos y miró bajo las mantas, pero no se encontró. Se miró largo rato, hasta que un escalofrío recorrió su cuerpo y una gruesa y cálida lágrima bajó por su mejilla.

Y esa lágrima no encontró ni un grumo de maquillaje que dificultara su camino, sino que bajó rápida y limpia; una cálida y gruesa lágrima de felicidad.

Sacó la cabeza de las mantas y lo miró todo con ojos nuevos, ojos capacitados para percibir la felicidad y el dolor.

- Gracias – contestó.

Y el contorsionista escuchó claramente la voz de una mujer.